

venza, persuada y conmueva con la fuerza y con el peso de su autorizada dignidad. Otro estilo mas llano requieren las homilias; y ni de sermones episcopales, ni de homilias tenemos todavía buenos exemplares. Pero nos alargariamos sobrado si quisiésemos exponer nuestras ideas sobre estos y otros puntos de mejora en la oratoria sagrada; y es tiempo ya de concluir este libro de la eloquencia.

CAPITULO VIII.

Conclusion.
 De la ligera mirada que hasta ahora hemos dado á todas las clases de la eloquencia, nos presenta en varios generos buenos exemplares tanto antiguos como modernos, en otros nos hace ver la falta de ellos, y en todos nos manifiesta que todavía queda lugar para no pocas mejoras. Algunos quieren que en la literatura moderna estén cerrados los campos para cultivar la eloquencia, que abiertos en los tiempos

an-

antiguos sirvieron de teatro á la gloria de los Demostenes, de los Platonos, de los Tulios y de los otros hombres mas eloquentes de Grecia y de Roma. Pero talvez con igual razon podrá decirse al contrario, que las circunstancias de los tiempos modernos son mas favorables á la cultura de la eloquencia, y que hemos dilatado los confines, á que esta se veia cénida en la antigüedad. La eloquencia didascalica con el aumento de las ciencias, y con la mayor variedad de los conocimientos que tenemos al presente, ¡quanta mayor extension, y quanta mas clara luz no puede recibir de nuestros escritores! La teología y la religion dan á los modernos nuevos diseños y nuevos colores para formar, sobre las cosas divinas y sobre las humanas, quadros mas nobles y mas grandiosos, mas exâctos y mas delicados. Los progresos hechos en estos ultimos siglos en la matemática, en la fisica, en la astronomía y en la historia natural dan luces á los escritores de tales materias para pisar aquellos escabrosos campos con pie libre

y

Aumento
de la elo-
quencia di-
dascalica.

y seguro, sin miedo de las espinas, sembrando en ellos las hermosas flores, que no podian hacerlos producir los antiguos sin peligro de la inexactitud y de los errores. Un curso teologico con la fuerza y magestad del estilo de Bossuet, una moral evangelica con la mocion y suavidad de Fenelon, una completa filosofia con la precision y claridad de d' Alembert, y tantas obras sobre todas las artes y sobre todas las ciencias, en la extension en que ahora se encuentran, con el esplendor y con la gallardia de Buffon y de Bailly, son obras de que todavía carecemos, y que harán inmortal la eloquencia del que las escriba con felicidad, y podrán tambien ser muy utiles para el adelantamiento de las mismas ciencias, y para el provecho de los lectores. Reciben mayores luces las materias quando son tratadas con la correspondiente eloquencia, y como dice Quintiliano (a), *plus ad formandas*

(a) Lib. II, c. XVI.

mentes valent, quoties pulchritudinem rerum claritas orationis illuminat. Ahora, que con el mayor adelantamiento de las ciencias se poseen mejor las materias, podrán tratarse con mas orden, pulidéz y ornato, y vestirse mejor con las gracias de la eloquencia: los discursos didascalicos adquieren nuevos campos con la cultura de los estudios científicos; los tratados de una ciencia reciben ilustracion con las luces de las otras; con la magnitud de los objetos crece el fuego del escritor; se engrandecen sus ideas con la extension de los conocimientos; la imaginacion se inflama con la íntima penetracion de las materias, y por todas partes adquiere ventajas la eloquencia con el mayor adelantamiento de las ciencias. Pero al mismo tiempo debe temerse, que el excesivo é inconsiderado uso de la eloquencia en los escritos didascalicos perjudique á estos escritos, y á la misma eloquencia. El sobrado adorno que muchos, con los atavios de la eloquencia, quieren dar ahora á la austeridad de las materias científicas; el comu-

Tom. V. Sss ni

nicar sobrado el fuego oratorio á las discusiones didascalicas; el procurar transferir mutuamente las luces de las buenas artes á las ciencias, y aplicar las expresiones de una ciencia á la explicacion de otra, puede parecer una pueril y ridícula afectacion, y acarrear perjuicio á la precision, exâctitud y perspicuidad de la oracion, que son las dotes mas necesarias para la eloqüencia didascalica, y para la exâcta exposicion de las materias científicas, que debe ser el principal y unico objeto de tales escritos. La eloqüencia forense de nuestros tiempos puede decirse que está dividida en dos ramos; y quando antiguamente un mismo orador trataba las cosas publicas y las privadas, los negocios del estado y los pleytos de los particulares, ahora con la mutacion de los gobiernos son diversos los tribunales, y diversos los oradores para los unos y para los otros. Pero cabalmente por este motivo en los modernos teatros de la oratoria forense, podrán mejor fixarse los diversos estilos que corresponden á la eloqüencia

De la forense.

qüencia politica ó deliberativa, y á la didascalica ó judicial, que no era tan facil distinguirlos en los antigüos, acostumbrados á tratar la una y la otra. De otro modo deberá perorar en los parlamentos de Inglaterra un par del reyno, que un abogado en los de Francia; y otro deberá ser el estilo de un senador en el senado de Venecia, que el de un abogado en los tribunales. Y el dar perfectos exemplares en estas dos especies de oratoria forense podrá acarrear mucho honor á la eloqüencia moderna. Si algunas extrinsecas circunstancias de las arengas modernas, hechas con mas confianza y familiaridad, no sufren aquellos impetuosos y energicos movimientos, y aquel modo de gritar hasta echar los bofes, como dice Ciceron, que el concurso de los oyentes, la situacion de la tribuna y el uso comun inspiraban á los oradores antigüos, esto prueba, no que ahora no pueda hacerse uso de la eloqüencia, sino que se requiere una de gusto diverso. Y cabalmente el formar una oracion, que sin aquellos rasgos agi-

tados y vehementes, incompatibles con las actuales circunstancias, manifieste toda la fuerza y eficacia oratoria, es una gloria á que pueden aspirar nuestros oradores, para coronar de noble esplendor su eloqüencia. Pero la parte en que se presenta la eloqüencia con toda su pompa y magestad, es la oratoria sagrada. ¡Que mas grande objeto que el importante negocio de la salud de las almas, y el soberano interes de la religion! La religion ha inflamado en todos los tiempos y en todos los paises el ánimo de los hombres, y ha excitado las miras politicas y los espíritus marciales, ¡ quanto pues no deberá inflamar la facundia de los oradores! Mas noble y anchuroso teatro que los pulpitos y los templos no lo ha tenido jamas la eloqüencia: nobles y plebeyos, grandes y chicos, doctos é ignorantes, hombres y mugeres, todos se interesan en los sermones, todos toman parte en el discurso del predicador; lo que ciertamente deberá servir de dulce y fuerte incentivo á un orador sagrado, para no omitir medio algu-

no

no de manejar la fuerza de la eloqüencia. En el capitulo antecedente hemos hablado de esto bastante para hacer ver á nuestros oradores que dilatado oceano se les presenta á la vista, donde pueden desplegar las velas á todos los vientos de la eloqüencia. Las disertaciones academicas, aunque pertenezcan á la eloqüencia didascalica, habiendose de recitar en un noble concurso de doctos y eruditos oyentes, deben participar algun tanto del estilo oratorio, y formar una nueva especie de eloqüencia. Distinta cosa es escribir para hacerse entender y gustar en una quieta y solitaria lectura en el retiro de un gabinete, que para hablar á una culta y numerosa asamblea en la publicidad de una academia. Asi que una disertacion requirirá ciertas expresiones mas brillantes, ciertos rasgos mas populares, ciertas flores y ciertos adornos que parecerian mal en los tratados didascalicos; y deberá, sí, el orador penetrar en lo íntimo de la materia; pero sin olvidarse del auditorio, y juntar á un mismo tiempo profundidad y claridad,

De las disertaciones academicas.

dad, popularidad y exáctitud, precision y amenidad, para que puedan las disertaciones producir en los oyentes instruccion y placer. A la eloqüencia academica pertenecen ahora por lo comun los elogios, que antiguamente solian recitarse en las solemnidades panegiricas; y los elogios, como hemos dicho antes, son un ramo de eloqüencia que todavía no ha sido bien cultivado, sino en su genero por Fontenelle, pero que puede producir sabrosos frutos, y servir para texer una gloriosa corona á quien sepa manejarlo como corresponde. Mas ¿para que buscar campo á la moderna eloqüencia? *Bene dicere*, diremos con Ciceron (a), *quod est scienter, et perite, et ornate dicere non habet distinctam aliquam regionem, cujus terminis septa teneatur*. Qualquier cosa que quiera decirse, sobre qualquier materia que se quiera discurrir, de qualquier manera que se haya de hablar, para hacerlo con orden, con adorno, con

gus-

(a) De orat. I.

gusto, con mocion es preciso recurrir al auxilio de la eloqüencia.

Mejor será dirigir nuestra pluma ^{Defectos de la eloqüencia moderna.} contra los daños que acarrearán á la verdadera eloqüencia las novedades que cada dia se van introduciendo en toda suerte de estilo. Causan enfado aquellos soberbios filósofos, aquellos pretendidos genios originales, aquellos decantados ingenios amenos, que esparcen con presuncion como sublimes y nuevas sentencias, las que muchas veces son triviales y vanas, y no pocas falsas é insubsistentes, deciden sobre todo con arrogante libertad, é incurren comunmente en errores groseros é intolerables; y huecos y orgullosos, porque tienen algunas atrevidas metáforas, algunas alusiones sobrado remotas, algunas relaciones menos obvias, algunas frivolas antitesis, algunas sales de epigrama y pueriles, algunas enfáticas y huecas expresiones, porque por el deseo de una filosófica brevedad cargan de ideas accesorias, la idea principal, amontonan violentas sentencias, truncan las clausu-

las

las y restringen los periodos, porque en suma son duros, pesados y oscuros, se creen escritores originales, y maestros de una filosófica y nueva eloqüencia. Tal vez debe causar mas temor al buen gusto que á la religion esta decantada filosofia, este genio pensador, este vivaz y brillante ingenio, que ahora, mezclandose en toda suerte de escritos, corrompe é infecta todas las clases de la eloqüencia. Esta perjudicial secta de filosofia y de espíritu ha hecho sobrados progresos en todas las naciones, para no hacernos temer justamente una general ruina de la eloqüencia. No solo en Francia, de donde comunmente se cree provenir este mal, sino que tambien en Italia, en España, en Inglaterra y en Alemania son freqüentes los lamentos de los doctos y juiciosos criticos contra esta perniciosa casta de escritores filosóficos y de espíritu, sin que su autorizada voz baste para contener los desmedidos aplausos, con que millares de miserables pedantes la elevan hasta las estrellas. De este nuevo gusto de

es-

escribir creo que singularmente se originan dos daños. Gloriandose de buscar en los escritos las cosas y no las palabras, se abandona el estudio de la lengua, lo que ciertamente es un perjuicio para la verdadera eloqüencia: *Quid tam necessarium*, dice con razon Quintiliano (a), *quam recta locutio?* Los escritos condimentados con las gracias de la lengua tienen un sabor tan agradable, que se hacen leer con gusto, aun quando carecen de aquella copia de cosas, que justamente se desea en ellos; y mas contribuirá á la inmortalidad de las obras el gusto del lenguaje, que el deseado uso de filosofia y de espíritu. Sin entrar en las disputas, que en estos tiempos se han agitado, sobre el punto de aumentar las lenguas abrazando nuevas palabras, podremos decir, que un excesivo miedo á la novedad hace que las lenguas esten escasas y pobres; pero que al contrario la libre introduccion de voces y de frases nuevas, y de maneras

Tom. V.

Ttt

de

(a) Lib. I, c. VI.

de hablar extrangeras forma una inelegancia é incultura , que bien pronto las conduce á la barbarie ; y de uno y otro puede darnos claro exemplo la lengua latina. A mas de esto todos los partidos convienen en que alguna vez se pueden introducir nuevas palabras , y todos igualmente dicen , que se debe proceder en ello con mucha cautela ; pero como , y quando se haya de hacer , nadie hasta ahora lo ha decidido con la necesaria precision , ni en mi juicio se decidirá jamas , sino que siempre quedará la decision para la inteligencia y buen gusto del escritor. Encuentrese este profundamente versado en la materia que trata , y en la lengua en que escribe , y conocerá el mismo la falta de muchas voces y de muchas expresiones , que no se hallan comunmente en los otros escritos , y las sabrá encontrar en su íntimo conocimiento de la lengua , ó las formará de nuevo segun la indole de la misma , sin pensar en quanto quieran decir uno y otro partido ; quando al contrario , escri-

bien-

biendose sin el debido estudio de la lengua y de la materia , no habrá libertad ó cautela que baste para evitar una molesta peregrinidad , ó una hueca abundancia de cultas palabras. El otro daño que ocasiona esta nueva secta de eloquencia es el abandono de los antiguos y verdaderos exemplares , por el excesivo amor y veneracion á los nuevos. Se desea un estilo laconico y conciso , preñado de sentencias y de cosas , y se desprecian como rancios y huecos aquellos doctos y graves escritores , tanto antiguos como modernos , que han buscado en sus escritos el enlace y la conexiõn de las ideas , la armonía y rotundidad de los periodos , y la fluidez , dulzura y claridad de todo el discurso. De aqui proviene que se alaben , por ser moda , no por una íntima persuasion , los Griegos y los Romanos ; pero ya no se leen : y Bossuet , Fenelon y los buenos exemplares modernos de eloquencia se abandonan por tener siempre en las manos á Thomas , á Diderot , á de la Harpe y á otros escritores del nue-

vo gusto. Otro defecto de la eloquencia moderna se ve ya manifestado por de la Nauze (a) desde principios del siglo, y es el abuso que se hace de una pretendida claridad de estilo, quando se tratan materias literarias y cientificas. Por un excesivo amor á esta claridad procuran algunos adoptar importunamente el metodo geometrico en asuntos que no lo permiten; otros con estilo silogistico van siempre por principios, por consecuencias y por complicados racionios; otros no presentan mas que pensamientos sueltos, sin conexi6n y sin orden; otros enfadan con las divisiones y subdivisiones; y otros corrompen de otros modos la eloquencia. Pero nos alargariamos sobrado, si quisiessimos dar un desahogo á la pena que nos causa el desastro que ahora hacen de la eloquencia sus pretendidos reformadores, y el vano aplauso con que son recibidos aquellos defectos, que deberian desecharse con

(a) *Acad. des Inscript.* tom. XX.

desprecio; y tenemos todavia que tratar muchas materias para podernos detener en esta mas largamente. Asi que rogando á los escritores modernos que abandonen con desprecio los orgullosos maestros del nuevo estilo, y recomendando los seguros y bien probados exemplares de la antigüedad, y tambien los buenos modernos sus admiradores y sequeles, esperaremos ver en todos los ramos de la eloquencia mas y mas laudables adelantamientos, y pondremos fin á este libro de los progresos de la eloquencia.